

tranquilo que tú, y conseguiré fácilmente quitarte ese estorbo de enmedio. ¿No? Lo que tú quieras. Vete tranquilo. No saldrá de mis labios una sola palabra de amor. Esperaré á que me dejes el campo libre.

Roger se sonrió.

Tenia mas confianza en Juana que en Máximo; de manera que, aunque éste faltara á su palabra, no tenia nada que temer.

—Pues paciencia te mando para esperar, contestó Roger.

—La tendré. . Seré un nuevo Job.

—Hasta la vista, le interrumpió Roger levantándose y dándole la mano.

—Buen viaje, le contestó Máximo.

Añadiendo, cuando perdió de vista á Roger.

—Si no fuera una locura regañar con los amigos por las mujeres, mis relaciones con Roger debieran terminar hoy mismo.

X.

Santa Gilda de las Landas

—El Morbian es sin duda alguna el departamento mas agreste de la Bretaña, y el canton de Porniguen, donde radica Santa Gilda de las Landas, el mas agreste de Morbian.

Este canton, excepcion hecha de algunas parce-

las que rodean la aldea de Porniguen, por el lado de Malestroit, pertenece casi por completo al castillo de Fonterose, que se eleva en la cumbre de una colina que domina el valle del Guer, ó mas bien la laguna interminable que descende hasta el mar, distante seis leguas, á vuelo de pájaro, del sombrío Castillo.

Desde la muerte de su marido, ocurrida en 1870 á consecuencia de un balazo que nadie supo de dónde habia partido, la marquesa se habia confinado en la soledad de aquella residencia verdaderamente salvaje, cuyo aspecto de tristeza estaba en armonia con sus pensamientos sombríos y sus ideas místicas que hacian de ella una monja fuera de clausura.

El castillo de Santa Gilda es una construccion informe y lúgubre del siglo XV, que tiene tanto de fortaleza como de convento.

Al principio del reinado de Luis XIII, el baron Hugo de Kerandal le restauró, ó mas bien le hizo de nuevo, no dejando de él mas que los cimientos y las paredes.

El marqués de Fonterose se habia establecido en Santa Gilda precisamente á causa de su posicion agreste é inaccesible, que le permitia hacer la vida de cazador.

Como creemos haber dicho ya, la caza era su passion dominante.

El 3 de Setiembre de 1880, un hombre bajo y obe-

so, de cabellos blancos y semblante cruzado por arrugas, frente pequeña y ojos vivos, salía del castillo con el sombrero en la mano.

Una mujer, como de cuarenta años de edad, de agradable aspecto y porte distinguido, le seguía.

Era la marquesa de Fonterose.

—No es esta la primera vez que os lo digo, Malo, exclamó deteniéndose de repente, no quiero que nadie, absolutamente nadie, dispare un fusil en mis tierras.

El viejo breton, en quien habrán reconocido nuestros lectores al intendente de Santa Gilda, Malo Bri-quebec se rascó la oreja y contestó con cierta turbación á la marquesa:

—La señora marquesa sabe también como yo que en el país no hay cazadores furtivos, excepción hecha de...

—De los Kerandal. ¿No es esto lo que queréis decir?

—Sí, señora marquesa. Mas que cazadores, esos hombres son fieras incorregibles.

—Precisamente á ellos se refieren mis órdenes. No siento que talen mis bosques, pero no puedo consentir que el día menos pensado se crucen en el camino de mi hija. Esos hombres tienen una reputación deplorabile.

—Únicamente son temibles Jacobo y Corentin, señora marquesa. Su hermano Ibo, por el contrario, es

bueno como el pan, y se pasa el día trabajando sus tierras.

—Lo sé, Malo; pero, no obstante, quiero que se cumplan mis órdenes.

Y acentuó tan enérgicamente estas palabras, que Malo no se atrevió á hacer la menor objeción.

—La señora marquesa será obedecida, dijo saludando respetuosamente y tomando el camino del bosque.

Antes de internarse en él, gritó:

—¡Bonic!

Un campesino con blusa azul y almadreñas, salió de entre los árboles al oír aquel grito.

—Tráeme el caballo.

Mientras Bonic cumplía sus órdenes, murmuraba Bri-quebec:

—Querer sujetar á los Kerandal, es lo mismo que tratar de poner al diablo en buenas relaciones con el agua bendita.

Cuando la marquesa, al perder de vista á Bri-quebec, se volvía para entrar en el castillo, se oyó á corta distancia el trotar de un caballo.

—Será mi hija, murmuró la marquesa deteniéndose.

Efectivamente, era Nicolasa, que desde 1870 se había convertido de una niña en una mujer, realizando todas las esperanzas que desde la más tierna edad había hecho concebir su hermosura.

Sus ojos revelaban una energía impropia de su sexo y de su edad, mezclada con una singular expresión de altanería y de desdén.

¿Para quién?

¿Para las personas que la rodeaban? No, porque era buena é indulgente. Nadie llamaba á su corazón que no fuese socorrido.

¿Para el peligro?

El único peligro á que se exponía era á que su caballo la estrellase contra un árbol ó la lanzara al fondo de un abismo, cuando á la luz de la luna recorría el bosque.

¿Para la vida?

Todo la sonreía. Era hermosa y rica. Además de ser suyo el castillo de Santa Gilda y todas las tierras que le rodeaban, tenía en París y en sus alrededores palacio y propiedades.

Sin embargo, había un secreto en el fondo de sus ojos, negros como la noche.

Dejó caer la brida sobre el cuello del caballo y se apeó, dirigiéndose hácia la marquesa.

Madre é hija se abrazaron.

—Te esperaba, la dijo la marquesa. ¿Estás cansada?

Nicolasa se encogió de hombros.

—He dado un gran paseo, contestó. ¿Sabeis á quién he visto?

—No

—A Santa Kerandal.

—¿La has hablado?

—Me lo habeis prohibido. La he visto en casa del señor Plumerel, á quien por cierto he dejado agonizando, ¡Pobre viejo!

—¿Y tu criado Joel?

—Su caballo no pudo seguir al mio, y debe estar todavía muy lejos. No quiero que me acompañe Joel. Es demasiado tímido.

—Vé á vestirme y sube despues á mi cuarto. Tenemos que hablar.

—¿Sériamente?

—Muy sériamente.

—¡Todo es sério en esta casa! exclamó Nicolasa. Pero yo estoy decidida á no entristecerme por nada.

Y entró en el castillo restralando alegremente el látigo.

XI

Madre é hija

Un momento despues, Nicolasa y la marquesa de Fonterose discurrían de esta manera.

—¿Tan solemne es lo que teneis que decirme, madre mia? preguntó Nicolasa.

—Sí, hija mia, le contestó la marquesa.

—Veamos de qué se trata.

—Se trata... de un matrimonio, dijo pausadamente la marquesa para dar mas importancia á sus palabras.

—¡Un matrimonio! repitió Nicolasa clavando sus hermosos ojos en el pálido semblante de su madre. ¿Y quién se casa?

—Es un matrimonio razonable y necesario, repuso la marquesa evadiendo la contestacion á la pregunta de Nicolasa.

—¿Necesario? objetó ésta.

—Tarde ó temprano tendrías que casarte.

—¿Se trata de mí? En este caso, cuanto mas tarde, mejor, y si es posible nunca. No quiero casarme, madre.

—Eres singular en todo.

—Casada no podré ser mas feliz que hoy contestó Nicolasa acercando su silla á la de la marquesa. Un marido es un tirano y yo amo la libertad. Puede llevar á su mujer donde quiera, segun el Código, y yo estoy aquí muy bien.

La erudicion de su hija asombró á la marquesa.

—¿Eso dice el Código? preguntó.

—Sí, señora. He leído el artículo.

—¿Has leído el artículo? repitió la marquesa aterrada por esta revelacion.

—Sin duda. Es tan pobre nuestra biblioteca, que, no teniendo que leer, he leído el Código. Ya conocéis el refran. Cuando el diablo no tiene que hacer...

Para matar el tiempo todo es bueno. La mujer está obligada á seguir á su marido. Bien es verdad que el Código añade: el marido debe proteccion á su mujer. Pero yo no necesito que el Código me proteja. Me basto para protegerme á mí misma. Ya estoy acostumbrada á hacerlo. Al principio me costó mucho trabajo. ¡Cuántas noches he pasado encerrada entre las cuatro paredes de mi cuarto, oyendo mugir el viento, sin otra compañía que mi institutriz, la señora Simonet, que, por lo hipócrita, debe estar empareñada con Tartufe! No es mas devota que mi perro, y á todas horas está santiguándose y anda siempre con los ojos bajos y las manos puestas en cruz. Pero gracias á Dios ya pasaron aquellos tiempos. Hoy soy completamente feliz. Tengo libertad y no cambiaré mi independencia por la corona de Francia. Si como decís es necesario, tarde ó temprano, tener un marido, tiempo me queda para buscarle. En estos momentos no echo de menos nada.

La marquesa de Fonterose miraba con estupefaccion á su hija, no acertando á explicarse cómo una jóven, educada con tanto cuidado bajo la direccion de la señora Natalia Simonet, una mujer ejemplar, elegida por ella misma de acuerdo con un prelado, podia expresarse en aquellos términos y ofrecer la menor resistencia á sus órdenes.

En la conducta de su hija habia seguramente un punto negro que era preciso poner en claro.

Por fin, despues de una larga pausa, la marquesa se atrevió á insinuar á su hija que el invierno anterior, durante su breve estancia en París, habia creído advertir que un jóven perteneciente á su misma familia, y por lo tanto á su clase, la miraba con marcado interés.

—¿Os referís al señor de Ambarés?

—Sí, á Roger de Ambarés, contestó la marquesa, y te confieso que veria con mucho gusto este matrimonio. Su madre ha sido íntima amiga mia. Entre nosotros no ha habido nunca secretos. Por ella sé las buenas inclinaciones de Roger, y mas de cuatro veces hemos acariciado la esperanza de ver casados á nuestros hijos.

Aquí la marquesa hizo otra pausa.

Nicolasa la escuchaba con la cabeza caida sobre el pecho y los brazos cruzados, como un estudiante que se queda dormido mientras su maestro le regaña.

Nicolasa no dormía, pero seguramente no hubiera podido dar razon de lo que le estaba diciendo su madre, que terminó su discurso anunciando que en breve llegaria Roger á Santa Gilda, acompañado de algunos de sus amigos.

En cuanto Nicolasa comprendió que la marquesa habia terminado su homilia, tomó la palabra para afirmarse en la resolucion de permanecer soltera.

—Al menos, exclamó la marquesa, vencida en sus

últimas trincheras, espero que no faltes á ninguna conveniencia. Ten presente que, si no tu futuro, Roger va á ser nuestro huésped.

—Os aseguro que volverá satisfecho de mí, y sus amigos tambien. Procuraré, adivinarles los pensamientos. Pero nada mas.

Y se levantó.

Un momento despues se separaba de su madre y entraba en su habitación cantando á media voz el wals de *Las campanas de Corneville*.

La marquesa, entre tanto, hizo llamar á la institutriz de Nicolasa.

—Acabo de tener una conferencia con vuestra pupila, la dijo con cierta severidad, y he quedado verdaderamente edificada.

—¿Hablais de la señorita Nicolasa? preguntó la señora Simonet.

No teneis otra pupila.

—Tiene un excelente corazon, si bien su carácter es un poco violento, añadió la institutriz. Prefiere á las ocupaciones de las mujeres los ejercicios de los hombres; montar á caballo, cazar, tirar al blanco. El peligro es su elemento. Estas mismas inclinaciones tenia cuando me hice cargo de su educacion, y todos mis esfuerzos han sido inútiles para modificarlas.

La marquesa estaba tan pensativa, que apenas oyó las respetuosas explicaciones de la institutriz.

Pero de repente la sacó de su abstracción la voz de Nicolasa, que seguía cantando el wals de *Las campanas de Corneville*.

Se asomó al balcón y vió á su hija que abandonaba el castillo de nuevo.

—Venid, dijo á la institutriz, en todo esto hay un misterio que necesito aclarar.

Y la marquesa y la institutriz, se dirigieron al cuarto de Nicolasa, que fué objeto de la mas escrupulosa investigacion.

Abrieron los armarios, las cómodas, los *secretaires*, y ya iban á abandonar desalentadas aquella que podría llamarse en el lenguaje político visita domiciliaria, cuando los ojos de la marquesa descubrieron en el rincón mas oscuro del cuarto un montón de libros.

Los examinaron uno por uno.

Era una coleccion completa de las novelas de Balzac, Dumas, Feuillet, Paul Feval, Flaubert, Belot y ¡Zola! (1) que una mano desconocida habia hecho llegar hasta Nicolasa.

El origen del mal estaba conocido.

La marquesa clavó una terrible mirada en la institutriz, que se defendió como pudo de aquella muda acusacion.

(1) En los Catálogos de EL COSMOS EDITORIAL, Madrid, Arco de Santa María, 4, bajo, figuran tambien las obras de todos estos autores.

XIII

Corentin Kerandal.

Eran las cuatro de la tarde.

Despues de media hora de camino, el señor Malo Briquebec hizo alto en una pequeña eminencia, desde la cual se divisaban el castillo de Santa Gilda, los bosques, las landas y la laguna.

—Vamos, Gil, dijo despues de un momento de descanso, espoleando á su poney, que se llamaba así. Todavía nos falta una legua que andar para llegar á la aldea.

Gil echó á andar lentamente, y caballo y caballero, despues de veinte minutos de marcha, descendian lentamente por un estrecho sendero hecho á pico en la garganta de una montaña, cuando el último oyó á corta distancia el disparo de un arma de fuego al mismo tiempo que caía á los pies del primero un jabalí herido de muerte.

Gil se encabritó, y sin sus condiciones de buen ginete, Briquebec hubiera medido el suelo con las espaldas, contribuyendo tambien á salvarle un hombre que salió de entre los árboles que servian de lindero al bosque, y cogió las riendas del caballo para detenerle.

—¡Hola, hola, Corentin! exclamó Briquebec, mirando atentamente al desconocido. ¿Se pasa el tiempo cazando jabalies en los bosques de la señora marquesa de Fonterose?

El profundo sarcasmo que encerraban estas palabras no alteró en lo mas mínimo la serenidad de Corentin.

—La pieza como veis, es magnífica, contestó señalando al jabalí, y no le podido resistir á la tentación de hacer fuego sobre ella. Ese jabalí menos se comerán los señores que espera de París vuestra ama. Antes que ellos son los Kerandal, los verdaderos Kerandal.

Mientras Corentin hablaba, Briquebec meditaba la forma menos brusca de comunicarle la orden que le habia dado la marquesa.

Indudablemente el culpable parecia menos preocupado que el representante de la autoridad.

—¿Sabeis, Corentin, dijo por fin, lo que acaba de decirme la señora marquesa?

—Veamos lo que os decia mi querida prima, repuso Corentin sacando del bolsillo la pipa y encendiéndola. Porque, á pesar de todo su orgullo, la marquesa de Fonterose es prima de los Kerandal, y si muriese de una enfermedad de pecho, de unas calenturas ó de la caída de un caballo, los Kerandal heredarían el castillo y las posesiones de Santa Gilda. ¿No es verdad, señor Briquebec?

—¡Hum! ¡Hum! tartamudeó Briquebec.

—La señora marquesa de Fonterose, prosiguió Corentin, es muy buena cristiana y no querría condenarse por desheredarnos. Santa Gilda y todos sus bosques y tierras y lagunas son nuestras.

—¿Y la ley, Corentin?

—¡La ley! La ley está mal hecha: las mujeres no deben heredar, para que no transmitan al primer desconocido con quien se casen los bienes de toda una familia, de toda una generacion. Por una mujer perdieron toda su fortuna los Kerandal, y por otra mujer la recobrarán.

—Pero mientras tanto, la señora marquesa no quiere que nadie cace en sus posesiones

—¿Qué decís, señor Briquebec? preguntó Corentin frunciendo el entrecejo.

—¿Sois sordo?

—No estoy seguro de haberos entendido bien.

—La señora marquesa, repitió Briquebec, no quiere que nadie cace en sus bosques.

—¿Nadie?

—Nadie.

—¿Ni siquiera sus primos los Kerandal?

Nadie.

No obstante el imperio que ejercía sobre sí mismo, Corentin se puso extremadamente pálido.

Aquella ofensa le llegó á lo más íntimo del alma.

—¿Y quién es el encargado de cumplir las órdenes

de la señora marquesa? murmuró con voz sorda acariciando el cañón de su escopeta.

—Los guardas del castillo, contestó sencillamente Briquebec.

--¿Cuántos son?

—¿No lo sabeis?

—Es que no bastan para hacerlas cumplir los seis guardas del castillo

—Eso ya lo veremos. Yo cumplo con comunicaros la orden que he recibido. Este es el último jabalí que matais. ¡Si pasase por aquí un gendarme!...

Corentin clavó una mirada de profundo desprecio en Briquebec.

—En Malestroit y en Borniguen encontrareis, no uno, sino todos los gendarmes que necesiteis. Id por ellos. Yo os espero aquí. Pero antes oid una palabra.

—Despachaos, porque tengo prisa. Los dias son cortos y tengo que hacer.

—Señor Briquebec, los Kerandal valen mas que su reputación. Podrian hacer mayor mal del que hacen. Dicen que somos holgazanes porque no trabajamos. Hacemos la misma vida que han hecho nuestros padres desde que el mundo es mundo. Los Kerandal no han retrocedido nunca cuando hay que dar ó recibir tajos y mandobles. Bretaña no es ya la misma, pero nosotros sí, Jacobo y yo lo hemos demostrado en la guerra. Ibo trabajaba la tierra; Santa es mujer y Cláudio era un niño. Somos cinco. Necesitamos

vivir. No hay mas que un oficio noble, cultivar la tierra; pero, para cultivar la tierra, es preciso tener tierra, y nosotros no la tenemos. De aquí que tengamos que vivir merodeando. La tierra da el pan; el rio, los peces; el bosque, la carne. Mi prima tiene mas caza que la que puede necesitar. ¡Por qué no hemos de ayudarla á comérsela! Casi le hacemos un favor. Las landas son de los Kerandal hace mucho tiempo. Si quiere arrojarnos de ellas hace mal, muy mal. Nosotros no lo consentiremos. ¿Y por quién trata de desposeernos? Por unos cuantos extraños á quienes hace cortesías porque están mejor vestidos que nosotros y se titulan barones ó marqueses.

La voz de Corentin temblaba ligeramente al pronunciar estas palabras.

Se detuvo un momento para tranquilizarse, y luego prosiguió:

—Vos sois una persona razonable, señor Briquebec, y conoceis el país. Aconsejad á la marquesa que no se indisponga con los pobres. Los Kerandal no la drán: muerden.

Corentin vació la pipa, que se habia apagado, y se la metió en el bolsillo.

El señor Briquebec, contrariado por las razones de Corentin, que no carecian de fundamento, le contestó amistosamente:

—Yo no puedo hacer mas, Corentin, que cumplir las órdenes que me han dado. Los guardas están

advertidos. Si os encuentran en el bosque, tomará la justicia cartas en el asunto. Os lo prevengo. Vivid sobre aviso.

—¿Esa es vuestra última palabra?

—Sí.

—Hablaré á mis hermanos sobre el particular. Adios, señor Briquebec.

Y echándose la escopeta al hombro, tomó el camino de Penhoet.

Briquebec volvió grupas, y á su vez tomó el camino de la aldea de Santa Gilda, á la que llegó cuando ya habia cerrado la noche.

XIII.

Una noche en Penhoet

Daban las siete en el relój de la iglesia de Penhoet.

Y aunque apenas se veia ya en el sombrío patio del viejo castillo de los Kerandal, Ibo desuncia del arado sus dos caballos blancos, y Catalina, la criada, á quien hemos presentado á nuestros lectores en uno de los primeros capitulos de esta narracion, conducia las vacas al establo.

En cuanto Ibo dejó en la cuadra los caballos delante de las pesebreras, llenas de avena y de paja, se lavó las manos en la pila del agua y se dirigió á la cocina, única habitacion en que habia luz.

Ibo, como hemos dicho, nose parecia á sus dos hermanos Jacobo y Coentín.

El descendiente de los compañeros de los Rohan y de los Beaumanoir tenia el aspecto prosáico de un mozo de labranza, y aunque podia hacerse llamar baron, porque era el primogénito, se habia reducido voluntariamente á desempeñar el papel de máquina agrícola de la casa.

Cuando abrió la puerta de la cocina, una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si no fuera por mí, ¿qué seria de mi madre y de mis hermanos?

Efectivamente, Ibo, á mas de trabajar la tierra, era el único que poseia el secreto de la existencia del millar de luses sobrantes, de la cantidad que su padre habia robado á Trelan, despues de pagar las deudas de la casa religiosamente.

Hemos dicho que sólo Ibo conocia este secreto cometiendo un error, porque tambien le conocia Catalina, para quien el mayor de los Kerandal no tenia nada oculto.

La habia visto nacer y crecer y la amaba tiernamente, siendo su protector en aquella caverna de salvajés.

Ella no era ingrata á su amor.

—Buenas noches, Santa, dijo Ibo á su hermana que estaba sentada al lado de la chimenea. ¡Qué bien huele! ¿Está ya la cena preparada?